

Retos de un verdadero internacionalismo

Fernando Pérez de Blas

Licenciado en Filosofía

«¡Curiosa justicia que un río limita! Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro! [...]

«¿Puede haber algo más ridículo que el que un hombre tenga derecho a matarme porque viva más allá del agua y su príncipe esté querrellado con el mío, aunque yo no lo esté?» (B. Pascal, pensamiento 60 en la edición de Lafuma)

Estas palabras del abismal científico y agónico francés pueden incluso radicalizarse en su ironía cuando el derecho a matar es defendido por algunos respecto a otros sin mediar ni ríos ni Pirineos entre sí. Lo vivimos en nuestro diario acontecer, con un estado psicológico entre el asombro, la incompreensión y la agitación enfebrecida que hace barruntar el odio. La muerte por la muerte, sin justificación tangible, sin lógica, pues si la nación pudiera serlo en algún caso, ¿por qué mueren gentes tan vascas, tan irlandesas, tan argelinas, tan afganas, como ellos? ¿Es que el nacionalismo, que lleva años intentando autojustificarse como ideología, ha superlativado el absurdo, considerando, dentro de unas fronteras, a unos más hijos de la patria que a otros?

El por muchas causas añorado y alabado siglo XIX también nos trajo, con sus antecedentes históricos, filosóficos, políticos, etc. que se suponen a toda línea de pensamiento, la fundamentación ideológica del nacionalismo. Unos apuntes al respecto. La Revolución francesa quiso proclamar unos derechos del ciudadano, recordando la distinción que en Grecia se hacía entre el heleno y el bárbaro o la medieval con los musulmanes, y para ello erigió una separación entre el legítimo francés y los extranjeros de toda índole (otra nacionalidad, apátridas, desposeídos, marginados...). De este modo el tan defendido tercer estado seguía existiendo, bajo la relativa igualdad de derechos. De ahí al imperialismo napoleónico median escasos años. Mientras, en Alemania se forjaba el hegelianismo, con su manto metafísico que llamaba espíritu absoluto al mismo Napoleón entrando en Jena a caballo. Y Fichte proponía un *Volksgeist* alemán muy útil años después a Bismarck con su diplomacia armada y luego, mediando Nietzsche y mucha historia, a Hitler.

Por nuestros lares el siglo XIX también propuso sus luces y sus sombras. El análisis profundo y bien dirigido de Pi y Margall sobre las nacionalidades convivía con el nacimiento de varios nacionalismos, por ejem-

plo el español con las polémicas sobre la ciencia española y los posteriores retruécanos del 98, de los que tanto deberíamos aprender tanto para bien como para mal. Y también tenemos a Arana, con su jerga místico-racista, reutilizada ahora por los innumbrables.

La idea de nación-Estado, mezcla de presupuestos geográficos, lingüísticos, políticos, económicos y hasta genéticos, se formulaba por tanto en un maremagnum de ámbitos. La identidad de una nación se hacía urgente ante el potente furor del libremercado y por la convergencia de una creciente carrera militar y colonial. La nación, como abstracta y concreta a la vez unidad indivisible ante los ataques externos, es entendida como Estado y no ya como pueblo. Al mismo tiempo la nación legitimaba su derecho a adquirir un imperio entre los pueblos inferiores, los bárbaros y salvajes que por entonces denominan los incipientes etnólogos (Morgan, por ejemplo).

Este nacionalismo de Occidente refluía en un anhelo de autodeterminación nacional en las colonias y en ciertos grupos étnicos dentro del mismo Occidente. El XIX y el XX viven marcados por estos presupuestos: de un lado, potencias que bajo el manto de defensa de su nacionalidad imponen políticas internacionales de dominio, y, de otro, naciones jóvenes o suprimidas por otras que buscan un espacio para su aparición o desarrollo. ¿Con qué consecuencias? Una crecida de guerras, mundiales o locales, con el nacionalismo como excusa, pues detrás hay intereses pecuniarios fáciles de objetivar, y un internacionalismo frustrado por su incapacidad ejecutiva. Así el obrerismo internacional es reprimido o atomizado por diferencias en muchas ocasiones de raigambre nacionalista (Marx era germanófilo, Bakunin eslavista convencido) en su interior. El cristianismo históricamente se ha desmembrado por cismas venidos de múltiples razones, entre ellas diferencias nacionalistas. Y el internacionalismo político que ahora encarna en la ONU no puede impedir el control de ciertos países sobre otros (derecho de veto, desigualdad representativa, mediación en unos conflictos y en otros no...). El recorrido histórico del internacionalismo, sin embargo, en sus distintas ramificaciones nos permiten encontrar bases para una fraternidad internacional, siempre utópicas, por tanto a realizar. Porque el parche histórico que vivimos no tiene ningún fin sino el perpetuamiento de las guerras y el terrorismo.

Condiciones necesarias de un internacionalismo

— Recuperación del concepto de derecho internacional, garantizando su ejecución con tribunales internacionales realmente eficaces. De cara a ello es imprescindible democratizar la ONU, desde una federación en igualdad de condiciones para los integrantes.

— Tratamiento tajante del desarrollo, jerarquizando intereses. La supresión de la fabricación de armas es condición sine qua non para eliminar las guerras y poder efectuar políticas de ayudas regeneradoras del Sur. Mientras países como España fabriquen minas antipersonales al mismo tiempo que promocionan campañas demagógicas contra ellas, no podremos hablar con autoridad en el marco de las políticas internacionales. Los más de 40.000 millones de beneficios por venta de armas del Estado español (a través de sus empresarios), incluso a países y grupos prohibidos en el derecho internacional, habrían de hacer callar a los que hablan de caravanas de la muerte. No sólo los terroristas, los que empuñan la pistola son asesinos. Rudolf Rocker, en 1919, habló para los obreros de la industria armamentística en términos revolucionarios que hoy no entendemos:

«¡No fabriquemos más armas de guerra! No demos al Estado más cañones, más fusiles. No pongamos más armas de muerte en las manos infames de los fríos asesinos. Preocupémonos de que los establecimientos de la destrucción y de la espantosa carnicería humana se transformen en talleres del trabajo útil y pacífico» (*El pensamiento de Rudolf Rocker, antología*, Editores Mexicanos Unidos, 1982, p. 97).

La regeneración del Tercer Mundo ha de venir dada por hacer prevalecer políticas constructivas, como la condonación de la deuda externa, y no por venderles armas mientras les acusamos de vándalos.

— Fomento de la justicia internacional, compartiendo la pobreza cuando no podamos hacerlo con la riqueza. La verdadera internacionalización ha de nacer en la igualdad.

— Reparto del saber científico y tecnológico, de modo que la productividad pueda ser impulsada por ellos y no impuesta por nosotros. ¡Que no se oiga más la acusación de están atrasados porque quieren! ¡Démosles los medios!

Estas premisas han de servir para llegar a un verdadero cambio revolucionario que haga inútil el nacionalismo que aquí hemos descrito en su génesis. Ninguna revolución moral es posible sin dar puntilla a todos los egoísmos, uno de los más nefastos es aquel que niega derechos a los demás por tener otra lengua, otra raza, otra economía, otros apellidos o simplemente otras ideas. Para ello hay que concienciar a gobiernos, a pueblos, a grupos y a personas para poner los medios tajantes y no conformarse con la represión legalitaria. Desde la firmeza ante el crimen, pero trabajando en la base. Como ya dijimos, hay que juzgar al asesino, pero saber que promocionando la

fabricación y el comercio de armas no podemos acabar con su origen. Las enfermedades se tratan preventivamente, dejando la cirugía para casos extremos.

El nacionalismo es una lacra de nuestro tiempo, en todos sus frentes y modalidades, desde la escudada en ideologemas pretéritos e indemostrables hasta la que teniendo razones históricas no respeta los derechos populares a la libertad. Represión y violencia se retroalimentan, tan sólo el diálogo desarmado entre pueblos, ayudado por la política internacional esquemática aquí nos puede permitir perder de vista la sangre y la metralla de nuestras calles. Para que no haya desalmados, desarme. Nuestros hijos nos lo agradecerán, mucho más que si les legamos una simbología patrioter que ni siquiera es patriotismo:

«El patriotismo es un sentimiento natural de apego a un ambiente, a una comunidad, a una modalidad de vida, a una cultura en cuyo seno se ha nacido o se ha vivido, y que responden más íntimamente al gusto, a la inclinación, a la manera de ser propios. Pero mi patriotismo no es enemigo del vecino, no es algo que ponga trabas a ninguna universalización, no niega la interdependencia mundial, la fraternidad y el buen acuerdo de todas las razas, de todos los hombres» (Abad de Santillán, «La mitología del nacionalismo», *Reconstruir*, núm. 39, noviembre-diciembre 1965, p. 5)

Sin un verdadero internacionalismo, que nace de sabernos hijos de un lugar, de una cultura, tanto como otros en otro espacio y costumbres, sólo tendremos más guerras y terrorismo, más violencia innecesaria. Premisas hemos puesto, ahora debemos mojarlos todos un poco siendo tolerantes con la diferencia que no es violenta, con la que enriquece. ¿Acaso a alguien le ayudan las fronteras, acaso no es el mestizaje el futuro de este mundo, acaso no somos todos hijos de un mismo Dios y miembros de una sola raza, incluso desde el punto de vista biológico más estricto? Oigamos por fin la voz de unos jóvenes que viven en una perpetua confusión que les obliga a lanzar manifiestos separándose radicalmente de los nacionalistas violentos:

«Lo cierto es que hay tantas razas como individuos en el mundo, o lo que es lo mismo, hay sólo una raza: la humana».

«¿De que nos sirve luchar por un país que ni existe gracias a las fronteras y construir un país cuya condición de existencia sea precisamente otra frontera? Más ético que crear nuevas fronteras parece destruir las ya existentes» (*Anarquismo y nacionalismo*, manifiesto de Juventudes Libertarias de Bilbao, 1999, pp. 11 y 28).

Si de verdad el mundo tiene salida será bajo la fórmula de «un mundo o ninguno» que repetía Santillán escuchada de boca de Einstein, en los años de la guerra fría. Ahora que la guerra es caliente como entonces lo fue y siempre será, el internacionalismo bien entendido es la única salida para que la convivencia entre pueblos y las personas que los componen pueda ser pacífica. A ello hemos intentado ayudar con este artículo, que pretende sintetizar el eco de varias voces en la personal.